

# Ante la pérdida del asombro, las benzodiasepinas no bastan

Guido Lagos Garay

---

*Yo adopto una actitud comprometida  
que busca facilitar la emergencia del mundo  
al cual yo aspiro.*

ISABELLE STENGERS

Yo quisiera hablar de Salud Mental desde un lugar bastante inusual: quiero referirme a este tema desde un espacio disciplinario que —si bien es cierto se encuentra muy vinculado al tema— no es habitual que se pronuncie al respecto. Mi mirada a la Salud Mental se realiza desde la Comunicación. Yo trabajo en Comunicación Social y sostengo que una observación desde allí sobre la Salud Mental no sólo no es trivial sino más bien fundamental. Si entendemos Salud Mental en una acepción bastante amplia, la mirada desde una disciplina o desde una práctica (como uno podría entender la comunicación) que instala su observación en los tramados relacionales es absolutamente pertinente. Porque en términos sociales los deterioros de la Salud Mental de un conglomerado humano cualquiera no son sino “malos” modos relacionales en su interior. Y ello no quiere decir otra cosa que redes sociales “enfermas” en dicho conglomerado humano. Y la Comunicación, entendida como disciplina, es precisamente el estudio de las relaciones de cualquier orden. Entonces para mí es claro: no me interesa la salud mental en términos de esquizofrenias individuales, consumo de benzodiasepinas o cosas por el estilo, sino fundamentalmente en términos de interacciones al interior de un espacio humano determinado. ¿Qué sucede con la interacción al interior de nuestros espacios sociales...? ¿Qué está sucediendo con nuestra sociabilidad cotidiana...? Esas son entonces mis preguntas y de ello pretendo hablar.

Voy hacer dos intentos. Primero intentaré dar una mirada a Santiago como un tramado de interacciones urbanas cotidianas no solo patológicas sino —mas grave aun— absolutamente patógenas. Posteriormente ofreceré algunas reflexiones respecto de los procesos que —en mi opinión— nos condujeron a lo que allí está sucediendo. Para ello quiero comenzar compartiendo algo que observé esta mañana.

Con mi compañera veníamos hacia este Seminario en locomoción colectiva, una micro relativamente llena. En algún momento observo que un pasajero le dice algo al chofer. Entonces éste se detiene frente a un kiosco de diarios y el pasajero se pone a cantar como un gallo. Acto seguido el kiosquero sube a la micro y le entrega un periódico. Esa es la situación, todo el mundo indudablemente escuchó el “cacareo” del hombre-gallo... pero nadie se extrañó... la micro continuó su recorrido y los pasajeros continuaron absortos en sus modorras matinales. El hombre-gallo leyendo su periódico. Todo normal podría decir uno. Pero convendrán conmigo que la situación es bastante peculiar y lo mas increíble es que a ningún pasajero ello le llamó mayormente la atención. Son cosas que suceden en nuestro Santiago.

Permítaseme otro ejemplo y también de situaciones que uno vive cotidianamente al interior de la locomoción colectiva. Yo tomo una micro en el centro, vivo de Larraín pasado Tobalaba, por lo tanto uno se desplaza durante 35 o 45 minutos. En ese lapso de tiempo se suben –fuera de los pasajeros– unas 30 personas a la micro a vender o a pedir algo. Todo ello es conocidamente habitual para cualquier usuario de la locomoción colectiva. El paroxismo de la situación descrita me sucedió una vez que –conjuntamente– mientras en la parte trasera de la micro un par de payasos contaba chistes para posteriormente solicitar la “moneda solidaria”... en la parte delantera un caballero mutilado mostraba las heridas de una operación a la que debió someterse porque –él decía– lo habían acuchillado. Quiero poner el acento no tanto en el hecho –de por si ya asombroso– de la enorme mendicidad en la locomoción sino sobre el hecho de que nosotros aceptemos las situaciones descritas como parte de la “normalidad” de nuestro paisaje cotidiano. Lo mas extraño de todo esto no es que se suba gente a “mendigar” a las micros, sino la insensibilidad que connota la pasividad con la cual observamos dicha mendicidad. Y hablo de la micro, pero también podría hablar del centro de Santiago. En el “paseo” Ahumada lo que uno menos puede realizar es precisamente pasearse. Uno se ve obligado a “tro-tar” al ritmo de los otros trotadores y todo ello sorteando una multitud de vendedores ambulantes, mendigos y otras “normalidades”. Pero no es solo ello, porque habitualmente uno se encuentra con niños postrados y conectados a balones de oxígeno, paraplégicos, ciegos, mutilados, y la lista es larga. Vuelvo a insistir, no condeno ni juzgo ni a los vendedores ni a aquellos niños... más bien lo entiendo como lógica de sobrevivencia. Pero me llama la atención que nosotros –los habitantes de este paisito autocomplaciente entre tanto TLC– aceptemos esas situaciones como algo normal en la sociedad que vivimos. Quiero ser muy claro. Sostengo que lo patológico –y por eso mi mirada es desde la comunicación– no es tanto el niño que está ahí postrado en la calle, sino la pasividad con la que pasamos a su lado. En mi opinión esa pasividad solo puede ser consecuencia de un tramado interaccional –sino del todo patológico– a lo menos pervertido y desde luego patógeno.

En consecuencia, por un lado tenemos eso: una sociedad insensible, una sociedad que es capaz de vivir como normalidad el hecho que se suba un par de payasos a una micro (para intentar hacernos reír) y después (o al mismo tiempo) otro caballero a mostrar sus mutilaciones (para generarnos “compasión”). Sostengo que si los ciudadanos de un país viven ello pasivamente como parte de su normalidad... esos ciudada-

nos estamos (tal vez) irremediabilmente enfermos y entonces este país, definitivamente no es un país “sano”.

Porque dicha pasividad –insensibilidad para ser mas precisos– me hace recordar la actitud del cardenal Raúl Silva Henríquez en los primeros años de la dictadura, cuando la tortura, los atropellos, la muerte y la desaparición de tantos se hacían carne de todos los días en el país... y –en paralelo– muchos otros seguían viviendo su vida como si nada pasase a su lado. Es por ello precisamente que Silva Henríquez lo gritó desde la Catedral de Santiago: “no podemos perder la capacidad de asombro”. Yo tengo la sensación de que particularmente en Santiago, aunque uno por supuesto podría diversificar la mirada hacia otros lugares del país, están sucediendo cosas “extrañas” e inaceptables que ya no nos asombran, y es allí en ese preciso punto –desde la Comunicación– que el asunto me complica mucho. Porque suceden “rarezas”, aberraciones o perversiones como las que yo he mencionado (que en un intento sistemático se pueden seguir enumerando) y aceptar ello significa que algo estamos haciendo tan mal en nuestras cotidianas vidas que ese “mal hacer” está afectando lo mas profundo de nuestra propia sensibilidad. Eso es lo grave y lo patológico en mi perspectiva. Quiero decir que algo debe estar sucediendo con nuestras estéticas relacionales : nuestros modos de vincularnos con los otros están siendo seriamente pervertidos y ello es doblemente (más) grave cuando nos sucede sin que nos demos cuenta de dicha perversión. Quiero decir que perdemos sensibilidad y “no sentimos” que la estamos perdiendo... la indiferencia es la “norma”. Nos estamos transformando en “ciudadanos zombies”, hacia allá nos estamos dejando conducir.

Tengo mi duda –y ella es la segunda reflexión que quiero ofrecer– de si acaso esa perversión, esa frialdad, esa insensibilidad, esa pérdida de capacidad de asombro, esa poca estética relacional que tienen los tejidos interaccionales del mundo que estamos construyendo, son consecuencia de una prolongación de traumas postdictadura, o algo relacionado a eso que llaman neoliberalismo (y siempre me he preguntado que tiene de “neo” este “liberalismo”), o tal vez no es más que otra secuela de la cultura patriarcal a la cual pertenecemos, o posiblemente no sea sino un mal mas de los muchos otros a la que las grandes megápolis nos están conduciendo... en fin. Como siempre sucede en los procesos sistémicos, algo de todo ello debe haber entre las causas de la pérdida de capacidad de asombrarnos... y esa falta de asombro, indudablemente que tiene consecuencias en nuestras vidas cotidianas.

Entonces, mi mirada tiene que ver con eso. Por un lado, es una invitación a cuestionarnos a nosotros mismos como un modo de tratar de construir una sociedad más saludable, más convivial, más relacional, más cotidiana... más sensible a todos los otros. Porque hacer sociedad significa precisamente construir un espacio común en el cual podamos sentirnos unos a los otros. Por otro lado intento poner el acento en la importancia que –para lo humano– significa disfrutar la sensibilidad del encuentro estético con el otro. Finalmente pienso también que hay allí una contradicción que de alguna manera la reflexión colectiva debiera intentar resolver. Esa contradicción (sociedad “moderna”-sensibilidad ético/estética) yo la metaforizo en un modo de sentir que me marcó mucho en un viaje reciente a Bolivia.

Yo tuve la suerte de estar dos meses conociendo y paseándome por Bolivia, y

estando allí pude ver y sentir la miseria material en la cual vive una enorme cantidad de bolivianos. Creo que esa miseria en la cual viven muchos bolivianos a nosotros nos interpela, pero al mismo tiempo, el calor que los bolivianos desarrollan entre ellos, es una cosa que también nos interpela. Tengo 53 años, bastante vida y vivencia en el cuerpo —ello puedo asegurárselos— y sin embargo moviéndome por Bolivia, no pude sino evocar —en el modo en cómo los bolivianos nos acogían, y sobre todo en el modo como se relacionaban entre ellos— lo que fue la vida de mi infancia en los años 60 en Ancud, Chiloé. Quiero decir que ese estar en Bolivia me evocó una grata vivencia entre tramados interaccionales donde efectivamente el calor humano está por encima de una cierta lógica de progreso, de una cierta lógica de industrialización, de una cierta lógica de modernización. Donde la miseria material no es ni mucho menos miseria relacional, sino precisamente todo lo contrario.

La reflexión de fondo es entonces esa: cómo la sociedad moderna, la cual —querámoslo o no— todos estamos construyendo, entra profundamente en contradicción con una sociedad más convivial, más solidaria, o todos los epítetos que queramos ponerle. Soy iluso a lo mejor, pero debo reconocer que sigo negándome a aceptar ello como una ecuación absoluta. Quiero decir que — pese a los múltiples signos que me lo confirman— me niego a aceptar en términos personales que “modernidad” necesariamente es insensibilidad, poca estética en la vida, y poca ética para la vida. Y sin embargo —y es una primera hipótesis— algo sucede de patológico en los tramados interaccionales en este “nuevo” Chile y —en mi perspectiva— eso tiene que ver necesariamente con la loca carrera “modernizante” en la que ya nos embarcaron. Tomar un micro en este Santiago es una verdadera locura, uno queda sujeto al estado de ánimo del chofer para ver si acaso puede llegar a la casa sano y salvo. Aceptar ello como “normal”... me parece un síndrome de alguna patología mental... y no precisamente individual. Insisto, la solución a dicho asunto no pasa solo por “modernizar” la locomoción... no será el súper TransSantiago el que va a reparar la pérdida de nuestra sensibilidad ante el asombro. Es mucho más complejo y pensar que solucionamos nuestras patologías aumentando las dosis modernizantes (“más de lo mismo”) es precisamente la ceguera que genera la patología relacional que nos ha conducido a las insensibilidades a las que me estoy refiriendo.

Tal vez en un plano un poco más teórico sea pertinente preguntarse ¿cómo llegamos a esto?, es decir, cómo es posible que esa no ética-estética de la vida, que ese no disfrutar el encuentro, nos haya invadido al punto tal de que estamos aceptando como normales procesos vitales que definitivamente no lo son. La pregunta de fondo —por paradójica que parezca— sería: ¿cómo se constituyó el trasfondo emocional que nos permite aceptar todo ello “sin emoción” alguna? A partir de allí permítaseme una reflexión muy general sobre como se constituyen los procesos de aprendizaje emocional.

Un recién nacido llega a nuestro mundo sin emociones. Reduciendo un poco, es correcto decir que es en su proceso de convivencia con los otros, donde ese niño aprenderá a sentir pena, rabia, inseguridad, desconfianza y en general toda la gama emotiva en la que dicha sociedad pueda vivir. Toda emoción conlleva siempre el (oculto) proceso de aprender a “experimentarla” en la corporalidad que el humano es. Apre-

der a “experimentar” en la corporalidad la emoción es equivalente a aprender a distinguirla como “algo diferente” de la enorme cantidad de procesos que en nuestra corporalidad constantemente se están sucediendo. Ese es el punto fundamental de todo proceso de aprendizaje emocional. Nosotros aprendemos a distinguir nuestro estado emocional como algo que nos ocurre en nuestro vivir. Quiero poner el énfasis en el hecho de que —de alguna manera— la emoción así aprendida se encarna en nuestra biología. Y una vez encarnada, no es fácil volver atrás. Los aprendizajes emocionales tienen consecuencias en el modo como “sentimos” (y por lo tanto vivimos) nuestra vida. Es desde la emoción en la que nos encontramos que el “mundo” se nos ordena y adquiere “sentido”.

Yo sostengo que ese aprendizaje emocional es un elemento fundamental en la constitución del ser humano en tanto humano. También pienso que ese proceso es necesario observarlo con mucha atención porque la emoción es un fenómeno bastante peculiar. Porque el “estatuto de realidad” de la emoción es bastante ambiguo, pudiésemos decir. La emoción es algo que me sucede; ello quiere decir que —por ejemplo— yo me encuentro en un estado emocional tal que se sube un payaso y se sube un mendigo a la micro y yo sigo de largo... esa es la “no-emoción” que yo aprendí, yo aprendí a no emocionarme con eso... por vivir en un país donde ello es “normal”. Todo ello sucede sin que mi “voluntad” halla tenido participación alguna. Es entonces un aprendizaje “oculto”... no “consciente” quiero decir. Por otro lado, la emoción, en tanto “sensación experimentada” —y ya lo dijimos— no es algo que pertenezca al dominio genético. Indudablemente que si pertenece al dominio de la biología, pero no es solamente biología. En los estudios de neurofisiología, que actualmente están muy de moda, hay un neurobiólogo de origen portugués llamado Antonio Damasio que vive en Estados Unidos, trabaja en La Joya, y está trabajando profundamente lo que él llama la “neurofisiología de la emoción”... solo menciono ello para decir que —indudablemente— en la constitución de nuestros estados emocionales, la biología tiene algo que decir... pero la cultura también... y posiblemente mucho más. Reduciendo nuevamente la explicación: biológicamente se configura (en nuestro cuerpo) la neuroarquitectura emocional y culturalmente se estabiliza dicha configuración. La emoción es justamente eso, un punto de encuentro (un “nodo” para ser más precisos) entre la biología y la cultura. En la emoción la cultura penetra nuestra biología.

Porque uno podría definir la emoción como una cierta arquitectura neurohormonal al interior de mi corporalidad. Lo interesante de la emoción es que esa arquitectura no es “heredada” sino que ella se configura en la ontogenia particular del ser humano que la “porta”. Esas arquitecturas neurohormonales se estabilizan en nosotros en el simple y cotidiano acto de convivir todos los días en el entorno en el que vivimos. Y es el rol que dicho “convivir” juega en la estabilización emocional lo que nos obliga a prestar atención a los modos como nos enredamos (en-red-damos... interesante ello) con los otros en nuestras vidas y las incidencias de ese en-red-darnos en nuestros aprendizajes emocionales. Porque si nos en-red-damos de un modo diferente al cual lo hacemos, necesariamente ayudamos a transformar las emociones que estabilizamos en nosotros... y en quienes nos rodean.

En tanto occidentales, nosotros los chilenos, somos herederos casi forzados de la

matriz cultural greco-cristiano-judeo-patriarcal. Y ello no es trivial, por cuanto el patriarcado es un modo de vida que favorece la emergencia de emociones que (a falta de otra denominación) llamémosles “individualistas”. La competencia, el sentido rígido de la identidad, el enemigo, la propiedad... etc, etc. Piénsese por un momento que el sentimiento de propiedad es algo que a los niños se los inoculamos nosotros en el aprendizaje. El recién nacido es “naturalmente” un niño ofertor, que comparte. En algún momento va a aprender a sentir (y por lo tanto a delimitar) un “esto es mío”... ese sentimiento de propiedad es extraño a la “animalidad” que ese niño también –hasta allí– era. Es interesante entonces preguntarse acerca del surgimiento y la emergencia de la emocionalidad estabilizada, porque esa reflexión nos debiera conducir inevitablemente a hacernos responsable de aquello que nosotros mismos provocamos con nuestros modos de convivencia. Hay siempre un imperativo ético en toda la reflexión sobre los modos del aprendizaje emocional.

El sentido de la identidad rígido (que está vinculado al sentimiento de propiedad) también es aprendido. El niño nace sin identidad, un recién nacido es –como decía Freud– “sentimiento oceánico”. Lacan utilizaba la metáfora de “caos indiferenciado” para explicitar que las fronteras de ese niño –desde su vivencia– no están definidas. Desde el interior del bebé no hay “uno” sino que “todo” (océano-indiferenciación). Solo una sensación que lo envuelve... como en el líquido amniótico. Sensación de (no)identidad individual (o si se quiere de “identidad múltiple”) que de alguna manera tiene vínculo o similitudes con el modo como los pueblos ancestrales vivían su propia identidad. Una suerte de “sensación” de no terminar en sí mismos (mejor aun, una ausencia de “sí-mismo”). Y sin embargo, el patriarcado nos ha inoculado –y no es éste el espacio para profundizar sobre como opera esto– una identidad terriblemente rígida, de modo tal que si alguien la toca, nos desarmamos. Piénsese solamente que ese sentimiento de identidad rígida es lo que da el trasfondo a cualquier guerra. Acoto aquello como un modo de decir que vivimos en una cultura particular que facilita la emergencia de ciertos aprendizajes emocionales que son los que nos conducen a estabilizar estos tramados interaccionales de los que estamos hablando. Tramados que –tarde o temprano– todos terminamos rechazando porque “nos hacen mal”. Existe allí una contradicción en la que –indudablemente– la educación tiene muchas tareas pendientes aun en nuestro tan “moderno” paísito.

¿Valdrá la pena entonces esta carrera hacia una “modernidad” que nos está conduciendo a perder sensibilidad respecto del otro? ¿Valdrá la pena esta carrera si ella significa lo que está sucediendo –por poner otro ejemplo– con la política institucional hoy en día?. (¿Será aquello efectivamente “política”?, porque política viene de Polis, el espacio de todos). Quiero decir que allí en esa “política” también hay elementos que connotan la pérdida del asombro de parte nuestra. Porque tomamos –por citar algo– como normal todo esto que llamamos farandulización de la política. Yo creo que es interesante preguntarse cómo se producen estos fenómenos, indudablemente que más allá del asunto de manipulaciones, mas allá de poder y del monopolio en la propiedad de los medios informativos, tenemos que preguntarnos qué nos sucede a cada uno de nosotros que hace que no reaccionemos ante todas las tomaduras de pelo que pretenden vendernos los “servidores públicos”.

Insisto, son estos asuntos los que llaman mi atención en términos de una posible intervención en salud mental. Y cuando digo salud mental estoy hablando de un concepto bastante amplio; yo prefiero utilizar un termino que no es mío, pertenece a Gregory Bateson que entiende la salud mental como una cierta “ecología de la mente”. Una cierta capacidad del espíritu que comienza a ampliarse en la construcción de tramados interaccionales donde los elementos estéticos y éticos referidos a la capacidad de sentir el placer del encuentro y la responsabilidad sobre el otro, son siempre “sentidos”.

Entonces yo quiero terminar planteando por un lado, que en una perspectiva bio-antropo-social del aprendizaje emocional, la lógica de “progreso” en la que estamos está en abierta contradicción con los fundamentos biológicos de la vida en general y de nuestra condición de humanos en particular. El proceso de configuración de la emoción en el ser humano es un proceso interesante porque es único y exclusivamente humano. Quiero decir que lo que nos hace humanos es el hecho de que, todo lo que hacemos hoy tiene consecuencias, no solo para nosotros sino que también para las generaciones futuras. En términos técnicos ello se expresa diciendo que nuestra filogenia es permeable a las cotidianidades de nuestra ontogenia. Nuestra filogenia es plástica. Y si algo nos hace humanos es precisamente esa plasticidad y permeabilidad del genotipo. Porque en nuestro convivir con los otros en el modo de vida que con nuestras acciones todos construimos, dejamos “huellas” para la evolución futura de la especie homo sapiens-sapiens que somos. Ello no sucede así ni con los caracoles ni tampoco con los primates superiores, es decir, nuestro vivir en conjunto tiene consecuencias en el modo como van a vivir nuestros hijos y nuestros nietos. El genotipo, la filogenia, nuestra herencia genética es penetrada por nuestro devenir ontogénico (fenotipo). Lo que estamos haciendo hoy día acá, tiene consecuencias evolutivas en lo que va a ser el ser humano de aquí a veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años o mas, y hacerse cargo hoy día de esa relación es un imperativo ético y una posibilidad de estética relacional. Porque, saber que lo constitutivo del ser humano es precisamente la plasticidad filogenética, debiera efectivamente hacernos prestar mucho más atención a una cierta ética en nuestra cotidianidad. Y esa ética no es sino el deseo profundo de vivir mas estéticamente nuestras relaciones de todos los días.

Es por todo ello que me niego a aceptar como “normal” continuar insensiblemente mi recorrido en la locomoción colectiva después que un payaso a coincido con un mutilado para pedirme su moneda solitaria. Quiero que ese acto me interpele a mi y a todos los pasajeros. Para que todos —ellos y yo— reaccionemos en pos de un modo de vida diferente... más humano, más cercano. ¿Un deseo utópico? Espero —más bien necesito— que no sea sólo eso. Muchas gracias.